



Comentario de Texto



El comentario de texto

1. Significado
2. Importancia
3. Objetivos
4. Estructura
5. Procedimiento
6. Ejemplo

1. Significado

(Del lat. *commentariūm*, ‘meditar, ejercitarse mentalmente’)

1. m. Explicación de un texto para su mejor intelección.

Diccionario de la Real Academia Española

2. Importancia

Este tipo de escrito exige del comentarista combinar un adecuado entendimiento de lo que plantea el autor comentado, es decir, un trabajo cuidadoso de interpretación del sentido completo del texto original, con un juicio propio y bien fundamentado respecto de su valor.

3. Objetivos

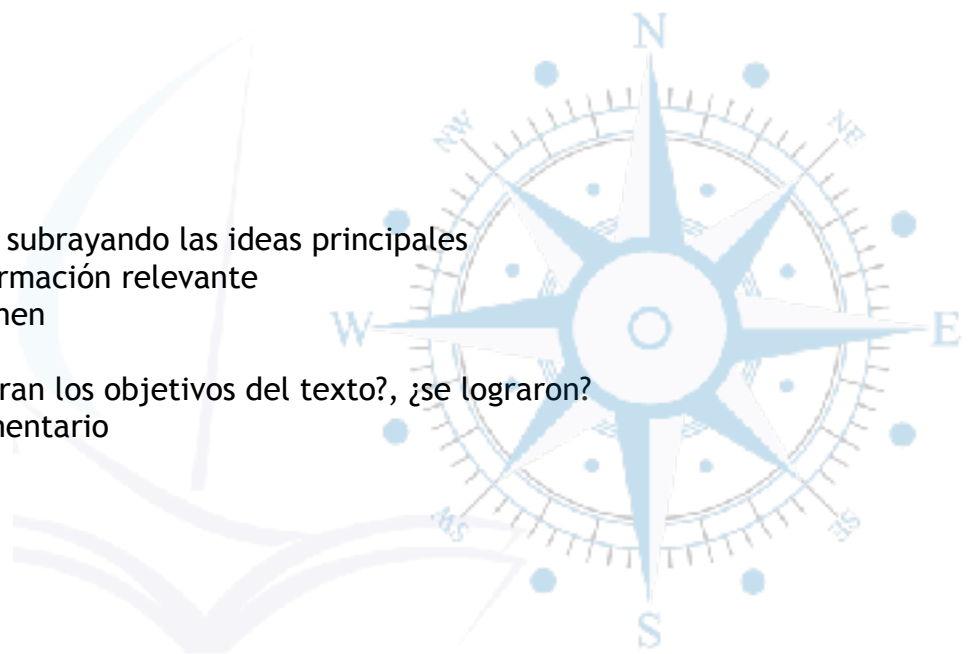
- Presentar de manera sucinta, pero precisa las ideas centrales del texto en comento.
- Identificar las partes constitutivas del texto y la función que cumplen en la transmisión del mensaje del autor.
- Evaluar el texto tanto en lo que se refiere a coherencia y cohesión internas, como respecto de su alcance y proyección.

4. Estructura

- i. Resumen
- ii. Análisis
- iii. Comentario

5. Procedimiento

- A. Lectura del escrito, subrayando las ideas principales
- B. Selección de la información relevante
- C. Redacción del resumen
- D. Análisis del texto
- E. Reflexión: ¿cuáles eran los objetivos del texto?, ¿se lograron?
- F. Elaboración del comentario



6. Ejemplo 1

Texto que se comenta:

Las penas del logos: la pasión del lenguaje

Ignacio Valente

De los autores modernos que han abordado el amor humano en sus formas universales, como Max Scheler, Ortega y Gasset, C.S. Lewis o Jean Guittou, es curioso que ninguno de ellos incluya el amor al lenguaje dentro del elenco clásico (amor al prójimo, eros, amor a Dios, a la naturaleza, a la patria...). Pero en realidad existe un verdadero y grande amor por el lenguaje, por el idioma nativo y otros idiomas, en cuanto especies singulares del lenguaje humano a secas: mental, oral, escrito. Y ese amor puede llegar a ser una verdadera pasión, una “logosofía” que imprima carácter en ciertas personas.

Después de todo, el logos es el hombre mismo, el “zoon con logos” que decía Aristóteles, el bicho que habita en el interior de las palabras. Así me siento yo en forma experimental, así somos en lo esencial. Los Tarzán y los Mowgli, criados sin habla humana, son ficciones amenas, pero imposibles. Cuando en la India se encuentra algún niño selvático tardío, que pasó en blanco por la etapa del habla, a los siete años ya apenas es capaz de concebir una idea muy rudimentaria. Pues el lenguaje es el vehículo universal del pensamiento, de la religión, de la moral, de la comunicación, de la comunicación de la polis: de todo lo humano.

En rigor, el lenguaje tiene algo de sagrado, cosa obvia para un cristiano: “En el principio era el Verbo”. Pero todos podemos percibir esa santidad del logos, que como tal imprime mandamientos en la conciencia humana: no maltratarás el idioma, no lo inflarás con bla bla bla, no le vaciarás el sentido a través de la frase hecha o el tópico, no lo retorcerás con el rebuscamiento o la cursilería, no le introducirás virus alguno, callarás si no tienes algo real que decir, no hablarás en jerga ni en difícil, no consentirás la cacofonía, no caerás en la pereza de la imprecisión...

Ezra Pound soñaba con una sociedad donde se pudiera llevar a los tribunales de justicia a los culpables del delito de confundir o debilitar la lengua común, y esa utopía suya es algo más que una metáfora, si se piensa en el bien público supremo que es la lengua.

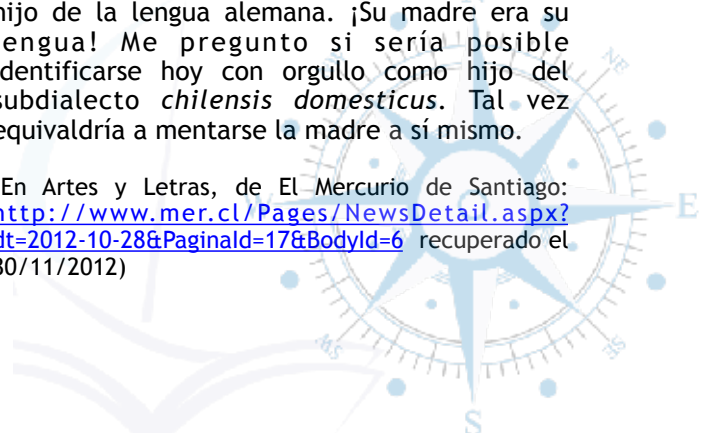
Personalmente confieso una intolerancia creciente hacia aquellas fechorías, y solo puedo castigarlas dejando de leer o de oír a quien las comete.

Porque, si la pasión por el logos está hecha de grandes gozos y penas, en el Chile de hoy las penas parecen superar a los gozos. ¡Qué mal tratamos nuestro dialecto criollo! El habla se modula cada vez menos - sobre todo entre los varones jóvenes-, el léxico se empobrece cada vez más -sobre todo en el ABC1-, los errores semánticos y sintácticos se multiplican en los medios de comunicación y en la vida pública, la puntuación se ignora en las universidades, las pantallas multiplican los sub-sub-dialectos del dialecto y nadie parece preocuparse demasiado de nuestra ecología verbal.

Para efectos literarios aclaro: no soy purista y odio el barroco. Estoy con Borges cuando afirma que en lo posible ahorra al lector la necesidad de acudir al diccionario. Pero no estoy con Cortázar cuando a este le llama “el cementerio de las palabras”. Y sí estoy con Neruda en su lúcida “Oda al diccionario”: “no eres tumba, sepulcro, féretro, / sino preservación, / fuego escondido, / plantación de rubies, / perpetuidad viviente / de la esencia, / granero del idioma”. Solo lamento que en castellano no tengamos esos suntuosos *Thesaurus* de sentidos paralelos o convergentes a cada *vox*, que tanto ayudan a escribir o hablar bien en inglés.

Hans Magnus Enzensberger, gran poeta a la hora de identificar su genealogía, y pudiendo llamarse hijo de Alemania, o de su tiempo, o de la tierra, se limitaba a decir con orgullo: soy hijo de la lengua alemana. ¡Su madre era su lengua! Me pregunto si sería posible identificarse hoy con orgullo como hijo del subdialecto *chilensis domesticus*. Tal vez equivaldría a mentarse la madre a sí mismo.

(En Artes y Letras, de El Mercurio de Santiago: <http://www.mer.cl/Pages/NewsDetail.aspx?dt=2012-10-28&Paginald=17&BodyId=6> recuperado el 30/11/2012)



Subrayado de las ideas principales

Las penas del logos: la pasión del lenguaje

De los autores modernos que han abordado el amor humano en sus formas universales, como Max Scheler, Ortega y Gasset, C.S. Lewis o Jean Guittou, es curioso que ninguno de ellos incluya el amor al lenguaje dentro del elenco clásico (amor al prójimo, eros, amor a Dios, a la naturaleza, a la patria...). Pero en realidad existe un verdadero y grande amor por el lenguaje, por el idioma nativo y otros idiomas, en cuanto especies singulares del lenguaje humano a secas: mental, oral, escrito. [Y ese amor puede llegar a ser una verdadera pasión, una “logosofía” que imprima carácter en ciertas personas.]

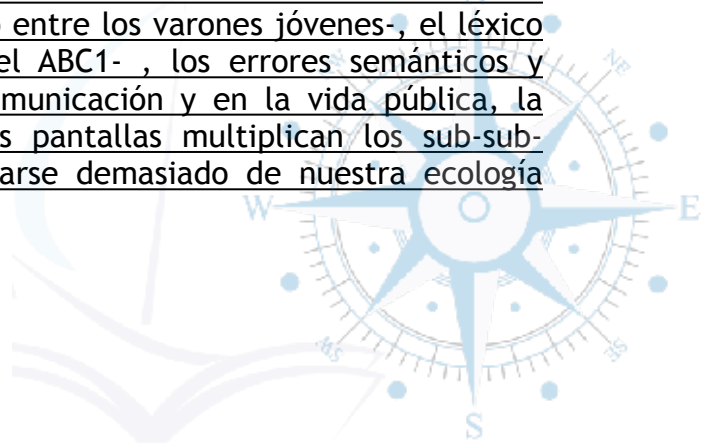
TESIS

Después de todo, el logos es el hombre mismo, el “zoon con logos” que decía Aristóteles, el bicho que habita en el interior de las palabras. Así me siento yo en forma experimental, así somos en lo esencial. Los Tarzán y los Mowgli, criados sin habla humana, son ficciones amenas, pero imposibles. Cuando en la India se encuentra algún niño selvático tardío, que pasó en blanco por la etapa del habla, a los siete años ya apenas es capaz de concebir una idea muy rudimentaria. Pues el lenguaje es el vehículo universal del pensamiento, de la religión, de la moral, de la comunicación, de la comunicación de la polis: de todo lo humano.

En rigor, el lenguaje tiene algo de sagrado, cosa obvia para un cristiano: “En el principio era el Verbo”. Pero todos podemos percibir esa santidad del logos, que como tal imprime mandamientos en la conciencia humana: no maltratarás el idioma, no lo inflarás con bla bla bla, no le vaciarás el sentido a través de la frase hecha o el tópico, no lo retorcerás con el rebuscamiento o la cursilería, no le introducirás virus alguno, callarás si no tienes algo real que decir, no hablarás en jerga ni en difícil, no consentirás la cacofonía, no caerás en la pereza de la imprecisión...

Ezra Pound soñaba con una sociedad donde se pudiera llevar a los tribunales de justicia a los culpables del delitos de confundir o debilitar la lengua común, y esa utopía suya es algo más que una metáfora, si se piensa en el bien público supremo que es la lengua. Personalmente confieso una intolerancia creciente hacia aquellas fechorías, y solo puedo castigarlas dejando de leer o de oír a quien las comete.

Porque, si la pasión por el logos está hecha de grandes gozos y penas, en el Chile de hoy las penas parecen superar a los gozos. ¡Qué mal tratamos nuestro dialecto criollo! El habla se modula cada vez menos - sobre todo entre los varones jóvenes-, el léxico se empobrece cada vez más -sobre todo en el ABC1-, los errores semánticos y sintácticos se multiplican en los medios de comunicación y en la vida pública, la puntuación se ignora en las universidades, las pantallas multiplican los sub-sub-dialectos del dialecto y nadie parece preocuparse demasiado de nuestra ecología verbal.



Para efectos literarios aclaro: no soy purista y odio el barroco. Estoy con Borges cuando afirma que en lo posible ahorra al lector la necesidad de acudir al diccionario. Pero no estoy con Cortázar cuando a este le llama “el cementerio de las palabras”. Y sí estoy con Neruda en su lúcida “Oda al diccionario”: “no eres tumba, sepulcro, féretro,/sino preservación,/ fuego escondido,/ plantación de rubíes,/ perpetuidad viviente/ de la esencia,/granero del idioma”. Solo lamento que en castellano no tengamos esos suntuosos *Thesaurus* de sentidos paralelos o convergentes a cada vox, que tanto ayudan a escribir o hablar bien en inglés.

Hans Magnus Enzensberger, gran poeta a la hora de identificar su genealogía, y pudiendo llamarse hijo de Alemania, o de su tiempo, o de la tierra, se limitaba a decir con orgullo: soy hijo de la lengua alemana. ¡Su madre era su lengua! Me pregunto si sería posible identificarse hoy con orgullo como hijo del subdialecto *chilensis domesticus*. Tal vez equivaldría a mentarse la madre a sí mismo.

Reunión de pasajes subrayados

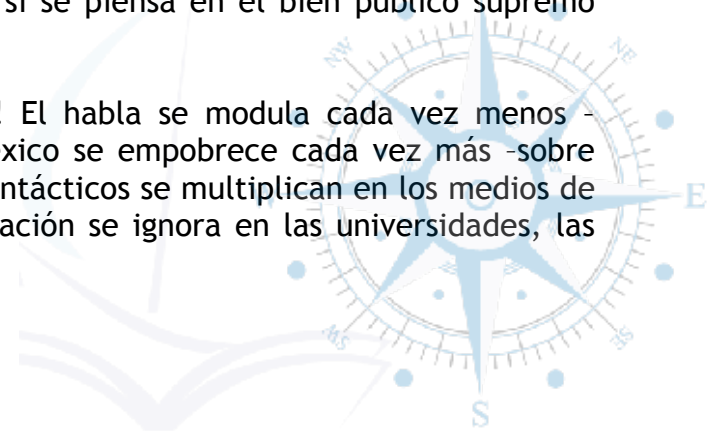
De los autores modernos que han abordado el amor humano en sus formas universales es curioso que ninguno de ellos incluya el amor al lenguaje dentro del elenco clásico (amor al prójimo, eros, amor a Dios, a la naturaleza, a la patria...). Pero en realidad existe un verdadero y grande amor por el lenguaje, por el idioma nativo y otros idiomas, en cuanto especies singulares del lenguaje humano a secas: mental, oral, escrito.

Después de todo, el logos es el hombre mismo, el “zoon con logos”, el bicho que habita en el interior de las palabras. Los Tarzán y los Mowgli, criados sin habla humana, son ficciones amenas, pero imposibles. Pues el lenguaje es el vehículo universal del pensamiento, de la religión, de la moral, de la comunicación, de la comunicación de la polis: de todo lo humano.

En rigor, el lenguaje tiene algo de sagrado, cosa obvia para un cristiano: “En el principio era el Verbo”. Pero todos podemos percibir esa santidad del logos, que como tal imprime mandamientos en la conciencia humana.

Ezra Pound soñaba con una sociedad donde se pudiera llevar a los tribunales de justicia a los culpables del delitos de confundir o debilitar la lengua común, y esa utopía suya es algo más que una metáfora, si se piensa en el bien público supremo que es la lengua.

¡Qué mal tratamos nuestro dialecto criollo! El habla se modula cada vez menos -sobre todo entre los varones jóvenes-, el léxico se empobrece cada vez más -sobre todo en el ABC1- , los errores semánticos y sintácticos se multiplican en los medios de comunicación y en la vida pública, la puntuación se ignora en las universidades, las



pantallas multiplican los sub-sub-dialectos del dialecto y nadie parece preocuparse demasiado de nuestra ecología verbal.

Hans Magnus Enzensberger se limitaba a decir con orgullo: soy hijo de la lengua alemana. ¡Su madre era su lengua! Me pregunto si sería posible identificarse hoy con orgullo como hijo del subdialecto *chilensis domesticus*. Tal vez equivaldría a mentarse la madre a sí mismo.

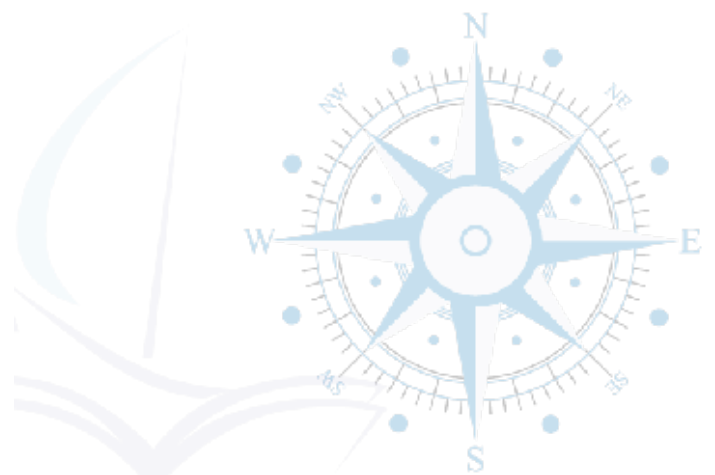
Resumen -con palabras propias, marcadores de resumen y sin juicios de opinión- del texto construido a partir de los pasajes subrayados.

A lo largo de la historia literaria universal, los más grandes escritores han abordado el tema del amor, desde los más diversos ángulos. Sin embargo, a juicio del autor, ninguno ha considerado el amor al lenguaje, esta suerte de 'logosofía', como una categoría importante.

Así, pues, el lenguaje es la expresión más propia del ser humano. Se revela en la esencia del hombre, pues todo lo humano está transido por él. En definitiva, lo hace ser lo que es.

A través del título, el autor alude al estado de tristeza en que se encontraría nuestro lenguaje, producto de un uso desprolijo y hasta profano de él. Uso que, en definitiva, se traduce en un desamor. Y es que así como el amor define al amado y al amante, el lenguaje hace lo suyo con las personas: quien ama el lenguaje y quien, por consiguiente, lo hace algo sagrado para sí, se define a sí mismo por ello. Es decir, cómo lo uso revela cuánto lo amo y eso pone de manifiesto un modo de ser, un carácter, un sello, un cuño.

Termina analogando el lenguaje con la maternidad, pues la lengua materna - en su pleno y riguroso uso- posee tal valor intrínseco, tal bondad, que al ser utilizada en plenitud nos hace dignos hijos de ella... ¿podemos hacer tal cosa?



Análisis del texto:

- Tipo de texto: Argumentativo
- Género discursivo: Columna de opinión
- Tema: El estado del habla
- Propósito del autor: Reflexionar sobre el valor del lenguaje
- Tesis: El amor al lenguaje imprime carácter en ciertas personas.
- Estructura del texto:
 - a) El autor comienza preguntándose -como cosa curiosa- por qué grandes autores nunca han incluido el amor al lenguaje dentro del clásico elenco de 'amores'. Enuncia, además, la tesis que sostiene en su ensayo.
 - b) A continuación, sostiene que el lenguaje es la esencia misma del hombre, que lo contrario son solo caricaturas y reafirma que este es el vehículo de todo lo humano.
 - c) Después, recurre a una analogía entre lo sagrado y el lenguaje, enunciando una suerte de mandamientos que debieran regir el uso del lenguaje.
Agrega, luego, una serie de males que afecta al lenguaje criollo y de los que nadie parece preocuparse mucho.
 - d) Finalmente, termina poniendo como ejemplo al poeta Enzensberger, quien se definía como "hijo de la lengua alemana", para concluir, interpelándonos acerca de si nosotros nos podríamos arriesgar a lo mismo e identificarnos con orgullo como hijos del "subdialecto *chilensis domesticus*"
 - e) Comentario:

En primer lugar, lo que más sobresale de la lectura del texto es cómo el lenguaje no deja de ser un tema vigente. Puede ser abordado desde las más variadas perspectivas y siempre -de cualesquiera que sean ellas- va a ofrecer interés. En este caso, el autor alude a las penas del logos: a los males que afecta a nuestra lengua, sea oral, sea escrita.

El texto parte de la constatación de un hecho curioso para ir ahondando en la consideración del lenguaje como expresión de lo más humano, llegando a elevarlo a una condición de sagrado, para, desde allí, expresar las penas que afectan al logos actual.

Interesante resulta, también, cómo recurre a diversos pensadores para reafirmar su análisis y sostener su postura, lo que hace que su discurso resulte sólido y bien articulado.

Después de leerlo -y de recomendarlo, por cierto- no se puede dejar de preguntar uno si acaso el uso que hacemos de nuestro idioma nos permitiría llamarnos dignos hijos de la lengua española.



Ejemplo 2.

Texto que se comenta:

¿Qué es y qué no es la alfabetización académica?¹

Paula Carlino

En este apartado voy a referirme al subtítulo del libro, aunque el lector dispone del resto de la obra para aclarar este prefacio. El concepto de *alfabetización académica* se viene desarrollando en el entorno anglosajón desde hace algo más de una década. Señala el conjunto de nociones y estrategias necesarias para participar en la cultura discursiva de las disciplinas así como en las actividades de producción y análisis de textos, requeridas para aprender en la universidad. Apunta, de esta manera, a las prácticas de lenguaje y pensamiento propias del ámbito académico superior. Designa también el proceso por el cual llega a pertenecer a una comunidad científica y/o profesional, precisamente en virtud de haberse apropiado de sus formas de razonamiento instituidas a través de ciertas convenciones del discurso. Como puede notarse, la noción tiene dos significados: uno sincrónico, que se refiere a las prácticas y representaciones características de una determinada comunidad, y otro diacrónico, que atañe al modo a través del que se logra ingresar como miembro de ella. Ambos significados están contenidos en el término *literacy*².

Ahora bien, la fuerza del concepto de *alfabetización académica* radica en que pone de manifiesto que los modos de leer y escribir -de buscar, adquirir, elaborar y comunicar conocimiento- no son todos iguales en todos los ámbitos.

Advierte contra la tendencia a considerar que la alfabetización sea una habilidad básica, que se logra de una vez y para siempre. Cuestiona la idea de que aprender a producir e interpretar lenguaje escrito es un asunto concluido al ingresar en la educación superior. Objeta que la adquisición de la lectura y escritura se completen en algún momento. Por el contrario: la diversidad de temas, clases de textos, propósitos, destinatarios, reflexiones implicadas y contextos en los que se lee y se escribe plantean siempre a quien se inicia en ellos nuevos desafíos y exigen continuar aprendiendo a leer y a escribir. De hecho, se ha comenzado a hablar en plural: de las alfabetizaciones. Existen distintas culturas en torno de lo escrito y la cultura académica es una de ellas. Se trata de una cultura compleja, que suele permanecer implícita en las aulas universitarias. Como muestra de su especificidad es posible comprobar diferencias significativas entre las tareas de lectura y escritura demandadas en el nivel universitario respecto al secundario (Vardi, 2000). Estas diferencias en la naturaleza atribuida al saber y en los usos que se exigen de este configuran culturas particulares que se traslucen en ciertas maneras de leer y escribir. El problema con la cultura académica es que tampoco es homogénea. La especialización de cada campo de estudio ha llevado a que los

¹ Escribir, leer y aprender en la universidad. Una introducción a la alfabetización académica. Carlino, P. (2010)

² La palabra “alfabetización” es la traducción directa de “literacy”, que también puede entenderse como “cultura escrita”. Conviene tener presente que el vocablo inglés hace referencia a un conjunto de prácticas letradas más amplia que las denota el correspondiente español “alfabetización”. Por *literacy* se entiende la cultura organizada en torno de lo escrito, en cualquier nivel educativo, pero también fuera del ámbito educacional, en las diversas comunidades lectoras y escritoras. Tolchinsky y Simó (2001), en un libro que promueve que todas las áreas curriculares de la escuela primaria se ocupen de enseñar a escribir y leer a través del currículum, definen la alfabetización como “la participación activa en la cultura escrita, para ser parte de ella, para disfrutarla y para acrecentarla” (pág. 159). La definición de estas autoras resulta pertinente a nuestros fines dado que tiene el mérito de indicar que, incluso para la educación general básica, ya no se habla de la *alfabetización* en el sentido de aprender las primeras letras, sino de las oportunidades para incluirse y participar en ciertas comunidades que utilizan el lenguaje escrito con determinados propósitos. La universidad es una de ellas.

esquemas de pensamiento, que adquieren forma a través de lo escrito, sean distintos de un dominio a otro.

A mi juicio, el concepto de alfabetización académica resulta productivo, pero también arriesgado. En el primer caso, permite designar y, concomitantemente, pensar en un campo de problemas de forma novedosa. El hecho de que en poco tiempo el vocablo haya comenzado a circular por los trabajos de algunos colegas es un indicador de la potencialidad heurística de la expresión. Sin embargo hay algo que puede preocupar de este fácil acogimiento del rótulo: el riesgo de que sea un nuevo nombre, como tantos otros en el ámbito educativo, que sirva solo para cambiar la fachada de lo que hacemos en clase. Desafortunadamente, ese ha sido el destino de muchos conceptos emanados de la investigación cuando han sido traspuestos al quehacer docente. Los sentidos originalmente disruptivos de tales términos resultan asimilados a las tradiciones vigentes en las instituciones, y así neutralizados. Para evitar que la expresión acapare el interés del concepto en desmedro de su potencial transformador de las prácticas de enseñanza, cabe aclarar que, desde las corrientes teóricas que acuñaron esta noción no es posible alfabetizar académicamente en una única materia ni en un solo ciclo educativo. La alfabetización académica no es una propuesta para remediar la (mala) formación de quienes llegan a la universidad. Por ello, alfabetizar académicamente no significa en estas páginas transmitir un saber elemental, separado del contenido sustantivo de las materias, transferible a cualquier asignatura. Alfabetizar académicamente implica, en cambio que cada una de las cátedras esté dispuesta a abrir las puertas de la cultura de la disciplina que enseña para que de verdad puedan ingresar los estudiantes, que provienen de otras culturas.

De acuerdo con lo anterior, este libro no propone incluir la enseñanza de la lectura y escritura en las materias solo porque los estudiantes lleguen mal formados ni por el interés en contribuir a desarrollar las habilidades discursivas de los universitarios como un fin en sí mismo. Por el contrario, plantea integrar la producción y el análisis de texto en la enseñanza de todas las cátedras porque leer y escribir forman parte del quehacer profesional/académico de los graduados que esperamos formar y porque elaborar y comprender escritos son los medios ineludibles para aprender los contenidos conceptuales de las disciplinas que estos graduados también deben conocer.

Subrayado de las ideas principales

¿Qué es y qué no es la alfabetización académica?

En este apartado voy a referirme al subtítulo del libro, aunque el lector dispone del resto de la obra para aclarar este prefacio. El concepto de alfabetización académica se viene desarrollando en el entorno anglosajón desde hace algo más de una década. Señala el conjunto de nociones y estrategias necesarias para participar en la cultura discursiva de las disciplinas así como en las actividades de producción y análisis de textos requeridas para aprender en la universidad. Apunta, de esta manera, a las prácticas de lenguaje y pensamiento propias del ámbito académico superior. Designa también el proceso por el cual llega a pertenecer a una comunidad científica y/o profesional, precisamente en virtud de haberse apropiado de sus formas de razonamiento instituidas a través de ciertas convenciones del discurso. Como puede notarse, la noción tiene dos significados: uno sincrónico, que se refiere a las prácticas y representaciones características de una determinada comunidad, y otro diacrónico, que atañe al modo a través del que se logra ingresar como miembro de ella. Ambos significados están contenidos en el término *literacy*.

Ahora bien, la fuerza del concepto de alfabetización académica radica en que pone de manifiesto que los modos de leer y escribir -de buscar, adquirir, elaborar y comunicar conocimiento- no son todos iguales en todos los ámbitos.

Advierte contra la tendencia a considerar que la alfabetización sea una habilidad básica, que se logra de una vez y para siempre. Cuestiona la idea de que aprender a producir e interpretar lenguaje escrito es un asunto concluido al ingresar en la educación superior. Objeta que la adquisición de la lectura y escritura se completen en algún momento. Por el contrario: la diversidad de temas, clases de textos, propósitos, destinatarios, reflexiones implicadas y contextos en los que se lee y se escribe plantean siempre a quien se inicia en ellos nuevos desafíos y exigen continuar aprendiendo a leer y a escribir. De hecho, se ha comenzado a hablar en plural: de las alfabetizaciones. Existen distintas culturas en torno de lo escrito y la cultura académica es una de ellas. Se trata de una cultura compleja, que suele permanecer implícita en las aulas universitarias. Como muestra de su especificidad es posible comprobar diferencias significativas entre las tareas de lectura y escritura demandadas en el nivel universitario respecto al secundario (Vardi, 2000). Estas diferencias en la naturaleza atribuida al saber y en los usos que se exigen de este configuran culturas particulares que se traslucen en ciertas maneras de leer y escribir. El problema con la cultura académica es que tampoco es homogénea. La especialización de cada campo de estudio ha llevado a que los esquemas de pensamiento, que adquieren forma a través de lo escrito, sean distintos de un dominio a otro.

A mi juicio, el concepto de alfabetización académica resulta productivo, pero también arriesgado. En el primer caso, permite designar y, concomitantemente, pensar en un campo de problemas de forma novedosa. El hecho de que en poco tiempo el vocablo haya comenzado a circular por los trabajos de algunos colegas es un indicador de la potencialidad heurística de la expresión. Sin embargo hay algo que puede preocupar de este fácil acogimiento del rótulo: el riesgo de que sea un nuevo nombre, como tantos otros en el ámbito educativo, que sirva solo para cambiar la fachada de lo que hacemos en clase. Desafortunadamente, ese ha sido el destino de muchos conceptos emanados de la investigación cuando han sido traspuestos al quehacer docente. Los sentidos originalmente disruptivos de tales términos resultan asimilados a las tradiciones vigentes en las instituciones, y así neutralizados. Para evitar que la expresión acapare el interés del concepto en desmedro de su potencial transformador de las prácticas de enseñanza, cabe aclarar que, desde las corrientes teóricas que acuñaron esta noción **no es posible alfabetizar académicamente en una única materia ni en un solo ciclo educativo.** La alfabetización académica no es una propuesta para remediar la (mala) formación de quienes llegan a la universidad. Por ello, alfabetizar académicamente no significa en estas páginas transmitir un saber elemental, separado del contenido sustantivo de las materias, transferible a cualquier asignatura. Alfabetizar académicamente implica, en cambio que cada una de las cátedras esté dispuesta a abrir las puertas de la cultura de la disciplina que enseña para que de verdad puedan ingresar los estudiantes, que provienen de otras culturas.

TESIS

De acuerdo con lo anterior, este libro no propone incluir la enseñanza de la lectura y escritura en las materias solo porque los estudiantes lleguen mal formados ni por el interés en contribuir a desarrollar las habilidades discursivas de los universitarios como un fin en sí mismo. Por el contrario, plantea integrar la producción y el análisis de texto en la enseñanza de todas las cátedras porque leer y escribir forman parte del quehacer profesional/académico de los graduados que esperamos formar y porque elaborar y comprender escritos son los medios ineludibles para aprender los contenidos conceptuales de las disciplinas que estos graduados también deben conocer.

CONCLUSIÓN

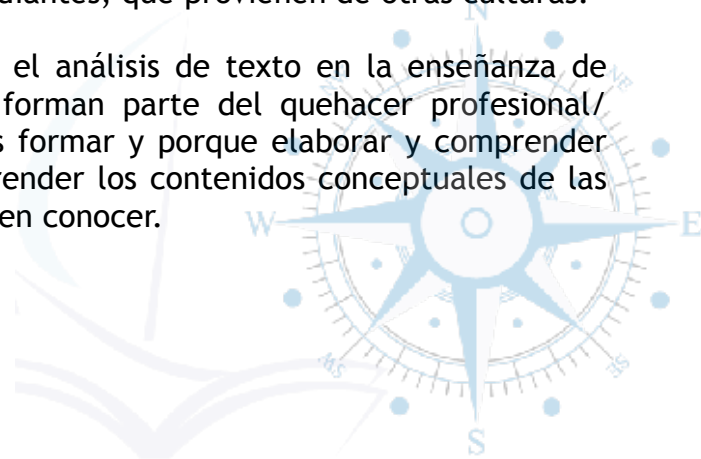
Reunión de pasajes subrayados

El concepto de *alfabetización académica* señala el conjunto de nociones y estrategias necesarias para participar en la cultura discursiva de las disciplinas así como en las actividades de producción y análisis de textos, requeridas para aprender en la universidad. Apunta, de esta manera, a las prácticas de lenguaje y pensamiento propias del ámbito académico superior. La noción tiene dos significados: uno sincrónico, que se refiere a las prácticas y representaciones características de una determinada comunidad, y otro diacrónico, que atañe al modo a través del que se logra ingresar como miembro de ella. Ambos significados están contenidos en el término *literacy*.

Ahora bien, la fuerza del concepto de *alfabetización académica* radica en que pone de manifiesto que los modos de leer y escribir -de buscar, adquirir, elaborar y comunicar conocimiento- no son todos iguales en todos los ámbitos. Cuestiona la idea de que aprender a producir e interpretar lenguaje escrito es un asunto concluido al ingresar en la educación superior. Objeta que la adquisición de la lectura y escritura se completen en algún momento. Existen distintas culturas en torno de lo escrito y la cultura académica es una de ellas. Se trata de una cultura compleja, que suele permanecer implícita en las aulas universitarias. Como muestra de su especificidad es posible comprobar diferencias significativas entre las tareas de lectura y escritura demandadas en el nivel universitario respecto al secundario. El problema con la cultura académica es que tampoco es homogénea. La especialización de cada campo de estudio ha llevado a que los esquemas de pensamiento, que adquieren forma a través de lo escrito, sean distintos de un dominio a otro.

El concepto de alfabetización académica resulta productivo pero también arriesgado. Para evitar que la expresión acapare el interés del concepto en desmedro de su potencial transformador de las prácticas de enseñanza, cabe aclarar que, desde las corrientes teóricas que acuñaron esta noción no es posible alfabetizar académicamente en una única materia ni en un solo ciclo educativo. La alfabetización académica no es una propuesta para remediar la (mala) formación de quienes llegan a la universidad. Alfabetizar académicamente implica, en cambio que cada una de las cátedras esté dispuesta a abrir las puertas de la cultura de la disciplina que enseña para que de verdad puedan ingresar los estudiantes, que provienen de otras culturas.

Este libro plantea integrar la producción y el análisis de texto en la enseñanza de todas las cátedras porque leer y escribir forman parte del quehacer profesional/ académico de los graduados que esperamos formar y porque elaborar y comprender escritos son los medios ineludibles para aprender los contenidos conceptuales de las disciplinas que estos graduados también deben conocer.



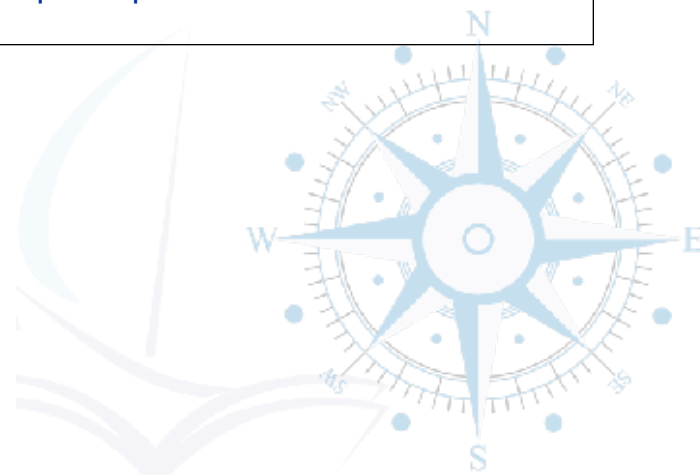
Resumen -con palabras propias, marcadores de resumen y sin juicios de opinión- del texto construido a partir de los pasajes subrayados.

El texto aborda qué es y qué no es la alfabetización académica. En el sentido positivo del término, se define como el conjunto de nociones y estrategias necesarias para participar en la cultura discursiva de las disciplinas así como en las actividades requeridas de producción y análisis de textos para aprender en la universidad. Apunta, de esta manera, a las prácticas de lenguaje y pensamiento propias del ámbito académico superior. Así, la noción tiene dos significados: uno sincrónico y otro diacrónico.

Implica, a modo de característica que los modos de leer y de escribir (y de aprender, por tanto) no son iguales en todos los ámbitos. Que la cultura académica es compleja porque cada disciplina ha alcanzado altos niveles de especialización que hacen más difícil el tránsito hacia ella.

La alfabetización académica, por otro lado, NO es una habilidad básica lograda de una vez y para siempre, menos concluida al ingresar a la universidad. Aprender a leer y a escribir no es una cuestión que se complete en algún momento. Tampoco es un remedial para corregir o suplir las falencias de los estudiantes y no es, además, algo que se pueda enseñar en solo una materia.

Al contrario, la alfabetización es un proceso permanente y transversal a todas las cátedras cuyo propósito último es desarrollar la escritura y lectura, porque ambos forman parte del quehacer profesional/ académico y porque comprender lo que se lee y ser capaz de comunicarlo, son “los medios ineludibles para aprender los contenidos conceptuales de las disciplinas”.



Análisis del texto:

- Tipo de texto: Argumentativo
- Género discursivo: Capítulo de libro (introducción)
- Tema: La alfabetización académica
- Propósito del autor: Definir el concepto de alfabetización académica y su alcance
- Tesis: Alfabetizar académicamente es estar dispuesto a abrir las puertas de la cultura en sus diversos ámbitos de manera permanente.
- Estructura del texto:
 - a) El autor comienza definiendo qué es la alfabetización académica y los significados del término.
 - b) A continuación, explica el alcance del concepto, haciendo presente lo que esta no es y las dificultades que existen para concretarla.
 - c) Después, plantea el riesgo que presenta el concepto si se lo vacía del contenido y refuerza su alcance: es necesario enseñarlo en diferentes niveles. Sienta, entonces, la tesis: la alfabetización académica no es un remedial. Al contrario, debe estar presente en todas las asignaturas de manera permanente..
 - d) Finalmente, concluye que la producción y análisis de textos debe estar presente en todas las asignaturas porque estos son los medios ineludibles a través de los cuales el alumno aprende los contenidos y, porque -además- la lectura y la escritura forman parte del quehacer académico/profesional de los alumnos que se pretenden formar.
 - e) Comentario:

El texto en comento presenta un tema que no ha alcanzado la suficiente divulgación en los medios académicos, puesto que su desarrollo -sobre todo en los países latinoamericanos- ha sido lento. Pero, pese a ello, instala un problema presente en todas las culturas: el desarrollo eficiente de la lectura y escritura y el potencial epistémico que estas suponen. En efecto, la urgencia de que los alumnos aprendan a escribir y puedan comprender, obedece a que son habilidades o competencias transversales no solo a las materias sino a la vida misma. Pero, sin duda, urgen más en el ámbito académico, porque el lenguaje es la forma propia de adquirir y transmitir conocimientos.

La autora plantea claramente, entonces, qué es la alfabetización académica, así como su alcance y -también- qué no es. Y quizá a partir de la dimensión negativa es que adquiera más fuerza la dimensión positiva del concepto, dejándolo claramente establecido.

Es un texto claro, desafiante e inspirador, porque le otorga importancia a lo más propio de la persona: el lenguaje, y de paso lo sitúa como el medio de acceso no solo a la cultura académica, sino que también a la cultura profesional. Sin esta habilidad cultivada -en el sentido más original de cultivo- nuestros egresados no podrán apropiarse de los conocimientos propios de su disciplina.

Referencia: Barbagelata, Basignan, Fabres, Forno, Fuentes, Muñoz et alii. *Expresión Escrita*, 2007.

